

CRONICA UNIVERSITARIA

HOMENAJE A LA SEÑORA HERSILIA CEBALLOS

Por Guillermo Jaramillo Barrientos

Apreciado claustro: en este acto dá nuestra institución universitaria testimonio de gratitud a una benefactora. La gratitud es una virtud bella de escuela práctica, que debe ser difundida por los profesores de cultura.

Guarcitos llamaba la opulenta región que domina la elevada imponente de Cerrobravo. Se inició como una posada de arrieros y camino de colonos en la grande y primera épica jornada que emprendió esta raza para la colonización del Suroeste, más admirable y menos alabada que la colonización del Quindío. Sirvió como centro para abrir esa región, con elemento humano bueno y fuerte, que fue de Medellín, de Envigado y Amagá.

Se llamó Fredonia desde que le dió categoría distrital el decreto que dictó don Alejandro Vélez Barrientos cuando fue prefecto de la Provincia de Antioquia.

No habían corrido treinta años desde entonces cuando allí formaron su hogar don Jenaro Ceballos Villa y doña Eudoxia Uribe Escobar, cristianos viejos, hombre de juicio y de acción él, mujer de hogar a carta cabal ella, los que contaron entre sus descendientes a la niña Hersilia, que creció bajo su recta dirección y se formó en los buenos colegios que hubo por aquellos años en esa tierra; se hizo profesora, con sólida formación pedagógica, que provino no tanto de lo que le enseñaron cuanto de espontánea vocación. Esa vocación debió ser heredada de su madre. Porque entre los distintivos que hacen meritorias a las madres en estas montañas están las facultades pedagógicas no aprendidas y bien ejercitadas en la formación de familias numerosas, como corresponde a las virtudes hogareñas, bendecidas por Dios con la fecundidad y de ordinario con la abundancia.

Poco mas de veinte cumpleaños había celebrado doña Hersilia cuando contrajo nupcias con don Julio Correa Restrepo, un hombre honrado, negociante en el ramo de propiedad raiz, de cuya corrección y acierto para los negocios se daba cuenta cualquier interesado desde la iniciación de relaciones.

A esa vida de paz que fue su casa sólamente vino una hija que murió pequeña, y como la actividad de la señora no podía malgastarse en la quietud, dirigió colegios femeninos con resultados patentes en los lugares de su residencia que fueron Envigado primero y Medellín por mucho tiempo y hasta la muerte.

Crónica Universitaria

Era deleitable su conversación viva e inteligente. Se reflejaba su virtud en la discreción de sus modales. Una de las bases de la grandeza del imperio romano fue la virtud de sus mujeres. Acordaos de la trágica historia de la hermosísima esposa de Colatino, cuya honorabilidad superaba a su hermosura y cuya muerte causó la caída de los soberbios Tarquinos.

El primero en rendir la jornada fue el esposo, que la instituyó heredera universal, con lo cual quedó dueña de un patrimonio que le permitió vivir bien, en casa propia con frente calle muy principal de la ciudad, y aumentó sus bienes con la administración completamente desinteresada que de ellos llevó el conocido hombre de negocios don Emilio Restrepo Mesa.

En agosto de 1950 ante el señor Notario 3º de este Circuito, dispuso lo que debía hacerse con sus bienes después de su muerte; y a falta de ascendientes y descendientes instituyó herederas universales a cuatro instituciones docentes o de beneficencia, fines que son casi iguales, una de ellas a esta Universidad que años antes fundara la elevada sencillez de Salazar y Herrera sobre setenta y dos razones propicias.

Tres años tenía de otorgado ese testamento cuando murió la testadora, por cualquier causa ordinaria, sin angustias ni antesala dolorosa, a bien seguro como premio de su vida.

El albacea señor Restrepo Mesa dió oportuno cumplimento a la voluntad de la señora y la Bolivariana, que recibió su cuota en la herencia, tan necesaria para sus propósitos, eleva gracias a su memoria, le otorga la categoría de benefactora y pone esta placa para que ayude a vivir a ese nombre contra lo pasajero del recuerdo que no se objetiva.

Así el que pase por este lugar y lea, no preguntará sin que alguien le conteste quién fuera la señora Ceballos; que aquí estuvo un empleado de la Universidad, enviado por el señor Rector para que lo enseñara y encargó mucho a mentes jóvenes esa recordación no severa, sino cariñosa, con suave calor de abuela.

Es un testimonio de gratitud.

Dice con elocuente laconicidad la placa que se descubre:

"A Hersilia Ceballos. Benefactora Insigne".

Es un honor que ella no soñó ni ambicionó, y que se le tributa porque se le debe.

Con esto queda cumplida esta agradable misión.

EN LA COLOCACION DE LA PRIMERA PIEDRA PARA EL EDIFICIO PARA LAS FACULTADES TECNICAS

Por Neil Gilchrist L.

El origen de la palabra ingeniero se encuentra en la voz "engeño", equivalente al ingenio actual, que era la palabra con que se designaban las máquinas y artefactos de guerra en la Edad Media (siglo XII). Los encargados de manejar estas máquinas se llamaban "ingeniatores". En el inglés se conserva una derivación más directa y actual: "engine" (máquina) y "engineer" (ingeniero), en el sentido de maquinista u operador de la máquina.

Vemos con esto, que el origen de la ingeniería fue un origen guerrero y militar, con una aplicación inmediata al diseño, construcción y manejo de má-

quinas de guerra y asedio y en parte a la construcción de fortalezas, castillos y murallas. En este último aspecto el trabajo era compartido con los arquitectos.

En esta época es frecuente encontrar estas actividades formando un conjunto, poco diferenciado, con las artes. Por ejemplo Leonardo de Vinci fue pintor, ingeniero y arquitecto en la corte de Ludovico el Moro, en 1483. Sirvió también como ingeniero a los Borgia y a Francisco I, rey de Francia.

A partir de esta época se empieza a notar alguna diferenciación entre las artes y ciencias y separación de éstas últimas en actividades más diferenciadas.

En el siglo XVI con los adelantos introducidos en el arte de la guerra se empezó a diferenciar el ingeniero militar del artillero.

Con el progreso de las ciencias, fueron apareciendo las industrias y otros aspectos civiles distintos y diferenciados de los guerreros, que dieron lugar a distintas organizaciones que, a su vez, se fueron desarrollando en torno a determinadas actividades de la ingeniería y marcan el origen de las especializaciones más antiguas. Estas son las Escuelas Industriales y los Institutos Técnicos, cuyos fines radican en proporcionar enseñanza en determinados campos, dar el título de ingeniero y regular el ejercicio de la profesión. El carácter de estos Institutos originalmente fue distinto del de la Universidad clásica, que se dedicaba a los estudios humanísticos y daba los títulos de Bachiller, Licenciado y Doctor.

Las primeras de estas escuelas en aparecer fueron las de Minas, en Sajonia en 1767 y en España en 1777 y la de Caminos en España en 1799.

La aparición de las Ingenierías llamadas industriales se remonta al año de 1850 con la fundación en España de Escuelas Industriales para otorgar los títulos de Ingeniero Mecánico, Ingeniero Químico e Ingeniero Electricista.

En 1901 las Escuelas Técnicas Superiores alemanas fueron autorizadas para dar el título de Doctor-Ingeniero, con lo que se les dió rango universitario.

Para incorporar a la civilización actual el enorme fruto de la investigación científica, fue necesario que aparecieran nuevas especializaciones en la aplicación de la ingeniería, con orientaciones ajustadas a los últimos adelantos, con lo cual el número de denominaciones ha aumentado, siendo la más reciente la Ingeniería Atómica.

La Universidad Pontificia Bolivariana no podía permanecer ajena al adelanto en la Ingeniería Industrial en el mundo y conciliando la necesidad de ingenieros con las posibilidades del desarrollo industrial del país, fundó primero, en 1938, la Facultad de Ingeniería Química, que fue la primera creada en Colombia y que tan brillante éxito ha tenido a través de todos sus egresados. Fundó luego, en 1951, la de Ingeniería Eléctrica, que a fines del presente año entregará al país su primer grupo de Ingenieros Electricistas, para los que espera, a la vez que un gran campo de acción, un éxito seguro. Y esperamos que esta Facultad no sea la última y que como muestra de la vitalidad de la Universidad aparezcan otras Facultades hermanas de las anteriores, para satisfacer la creciente necesidad de ingenieros en todos los campos de la industria. Los proyectos industriales que se desarrollarán en los próximos 10 años son de tal envergadura que la escasez de ingenieros puede contribuir a demorar la incorporación de aquellos prospectos a la vida nacional colombiana. Grandes fábricas deberán ser operadas durante años por personal técnico foráneo, por falta de personal colombiano, si a tiempo la Universidad no forja los técnicos requeridos para servir con eficacia las necesidades futuras de la patria en este campo.

Crónica Universitaria

Una Facultad no se funda por mero capricho. Cuando la necesidad de profesionales con determinada preparación se manifiesta, al no haberlos, otras profesionales afines llenan el campo, con éxito no siempre satisfactorio por falta de criterio apropiado para aplicar en los problemas que se presentan. Es la Universidad la que recibe el clamor cuando la necesidad se hace apremiante y como respuesta aparece la nueva Facultad cuyos egresados, con una preparación técnica adecuada y con un criterio bien formado, satisfacen naturalmente la necesidad anotada.

Asistimos hoy a la colocación de la primera piedra de lo que será en breve el edificio para nuestros dos Facultades, la de Ingeniería Química y la de Ingeniería Eléctrica, que ya necesitan de esta etapa final complementaria para lograr mayor intercambio entre sí y mayor comodidad en el trabajo. Y digo complementaria porque en realidad el aspecto externo de las cosas es solamente secundario. Lo importante y decisivo es el espíritu que las anima y de este espíritu rebosa la Universidad y sus Facultades. Laboramos con la convicción de que estamos haciendo algo grande y que nuestro desempeño afecta directamente la creación y desarrollo del patrimonio industrial del país.

Entendemos que enseñar no es una mera transmisión mecánica de conocimientos. El verdadero profesor plasma y forma mentalidades, dando siempre algo de sí, con miras al fortalecimiento de la personalidad. De aquí que todos los profesionales bolivarianos tengan un aspecto común: un sello de austeridad y de ética estricto y señero los distingue, a la vez que garantiza su desempeño correcto e idóneo.

Por la índole de nuestras profesiones técnicas, que se aplican a cambios y transformaciones de la materia, hay tendencia universal a deificar esta, a hacer de ella un nuevo ídolo. Nosotros, como católicos y bolivarianos, proclamamos las concepciones espiritualistas y la superioridad de la inteligencia sobre la materia; el sometimiento de ésta a su dominio y servicio. Las ciencias y los descubrimientos deben adelantar pero siempre bajo la autoridad de la inteligencia. Y feliz realización de esto lo constituyen las Facultades de Ingeniería de la U. P. B.

EN EL DIA CLASICO DE LA UNIVERSIDAD

Por Carlos Arango Hoyos

Al término de diez y nueve años de su gloriosa fundación, en esta fiesta de alegría bolivariana, venimos con palabras de amor y fe a proclamar las excelencias de la Universidad Pontificia, que nacida de la nada como las cosas de Dios, merced al ímpetu voluntarioso de unos cuantos profesores inspirados en ideas de grandeza y libertad, seguidos de otros discípulos no menos heroicos en su determinación de abandonar claustros ilustres, representa un ejemplo portentoso de la cultura colombiana. Un sentimiento de noble generosidad fue la razón de su apareamiento en nuestra sociedad. Desprovista de bienes terrenales, abrió sus fuentes de instrucción a todos los hijos de la patria, y todos acudieron al instante en confraternidad de razas, credos y clases sociales, a enriquecer sus inteligencias según sus propias inclinaciones profesionales. Y fue tan amplio el campo de su enseñanza humanística y científica, que desde el comienzo varias especializaciones se delimitaron para que los unos se formaran en los prin-

cipios de la justicia y el derecho, los otros en la misteriosa química industrial, los demás en la arquitectura artística y funcional, sin descuidar la fundamental educación de los buenos y humildes obreros, ansiosos como todos de iluminar sus mentes para el trabajo útil y de fortalecer sus corazones para el combate de la vida. Del claustro dismantelado, pobre y extramuro, se trasladó al severo y de nobles tradiciones eclesiásticas, para cimentarse luego en estos hermosos e imponentes edificios que perfilan hoy una ciudad universitaria de magnífica apariencia, sin parar allí porque sus afanes son de progreso y perfeccionamiento incesantes. Todo surgió a la manera como en la edad media se forjaron las primitivas universidades: un colegio de profesores al que se junta otro grupo de estudiantes con ánimo de emulación en el saber, con vocación decidida de transmitir la ciencia en el aula cordial, con disciplina y sacrificio voluntarios, con amor compartido, sin más que el entendimiento, la voluntad y la fe como instrumentos de investigación y trabajo, apartados de las riquezas superfluas para templar el carácter y avivar la luz de los espíritus. En nuestra Universidad confluyen ahora todas las peculiaridades de una institución bien perfeccionada: ideales por orientación, los de Cristo y Bolívar; adhesión a la ciencia en todas sus bellas y útiles expresiones; disciplina y jerarquía aceptadas con amor y respeto; pensamiento y bondad en cada uno de sus individuos; pensamiento y bondad en la unanimidad resultante; desbordamiento hacia afuera para entregarse al bien general; colaboración eficaz con centros similares de cultura; representación inteligente en Congresos educativos nacionales e internacionales; intercambio de programas y trabajos literarios; en suma, una egregia universidad colombiana.

Ante el empeño tesonero de levantar el edificio material de la Universidad, ante la necesidad de albergar más y más personal docente propio y foráneo, hemos de proclamar el deber que todos tenemos de ayudarla para que sus múltiples proyectos se realicen ostentosamente, orgullosamente, con lo que cobrará fama nuestra ciudad de muy bella y muy ilustre, con lo que se forjará un porvenir seguro a la juventud estudiosa, que por el estímulo del progreso externo arraigará más en su entraña las lecciones de sus maestros. A esa contribución nos obliga en primer término un sentimiento de honda gratitud nacido del bien que recibimos al haber pertenecido a su seno maternal y al habernos nutrido de sus fecundas enseñanzas. Así mismo resulta grato al corazón reconocer como ciudadanos que su obra desinteresada en provecho de todos los grupos sociales, que su labor inteligente y sabia en la esfera educativa, realizan nuestra nacionalidad, dan fama y grandeza a nuestra patria.

Los bienes terrenales de nada valen sino cuando están al servicio de una causa trascendental, y el hombre que los acumula viendo en ellos su solo interés y exclusiva satisfacción, está defraudando a la sociedad en sus legítimas prerrogativas. La tarea educativa es la que merece con mayor urgencia la generosidad de los poderosos, para que levantando a la juventud y al pueblo en la moralidad cristiana, para que proporcionándoles los conocimientos de la ciencia y la técnica, no vayan a desentonar en los nuevos afanes apostólicos e investigativos del mundo en progreso. Por eso, cuánto agradece el corazón cuando la generosidad ciudadana se brinda plenamente a la causa de la educación, haciendo surgir la contextura armoniosa de sus planteles universitarios, que como los de la Pontificia Bolivariana, enclavados en este valle reverdeciente de las montañas antioqueñas, levantados hacia este cielo de azul perenne, dan fama y gloria al pueblo que los creó y sostiene como patrimonio y símbolo de su grandeza.

Crónica Universitaria

La Universidad también tiene su alma. Es el alma de todos sus individuos, pero purificada por la moralidad, la dificultad, la disciplina, el estudio y el sacrificio. Es el alma de sus mentores y discípulos, ameritada por el amor a la sabiduría, a la religión y a la humanidad. Es el alma de sus fundadores muertos y vivos que con ejemplar valor y clarividencia siguen orientando la gestión de sus negocios espirituales y terrenales, sin trepidaciones, con paso de marcada celeridad en medio de la penuria y la asechanza. Es el contenido científico y artístico de sus ilustrativas revistas, de sus selectas bibliotecas. Es el alma regocijada de sus deportistas, la alegría y la jovialidad de sus chicos retozones. Es la lealtad probada de sus servidores. Es Dios que preside sus actos religiosos. Es la elocuencia de sus centros de divulgación. Es el alma de la Universidad la emoción que ahora nos sobrecoge al conmemorar otro aniversario de su vida, en que más unidos, más adictos y más reconocidos nos mostramos hacia ella.

Con sabiduría y amor los insignes rectores de nuestra Universidad, desde su inmovible fortaleza de ideas tradicionalistas, sobre catolicidad y bolivarianismo, orientan la instrucción hacia nuevos rumbos de progreso al propiciar la apertura de inexplorados campos investigativos, con el resultado inmenso de formar para la patria más generaciones de profesionales bien instruidos en las distintas disciplinas para la acción creadora, y haciendo que el porvenir de Colombia se manifieste en el bienestar de todos sus hijos. No se han detenido ellos a conservar celosamente el acervo de principios y cosas heredadas de sus fundadores; no se han conformado con apacentar aquel rebaño de sus primeros discípulos; no se han estancado en la contemplación de su primitiva grandeza. Se han desparramado con actividad y triunfo por todos los caminos del saber humano, para descubrirle a la juventud horizontes que antes se hallaban perdidos u ocultos en nuestra patria por falta de guías y exploradores intrépidos; se han allegado a los gobernantes para demandarles justa contribución y la han obtenido por medio de auxilios que aún no colman sus aspiraciones y necesidades; se han dedicado con tesón insuperable a velar porque la ciencia siga unida a la fe, para darles una formación completa e integral a los adolescentes en la conquista de sus ideales y en el éxito de sus profesiones. A esta directiva debemos toda veneración porque al morir los progenitores de la Universidad, de quienes la memoria no se aparta, ha sabido sostener con ánimo fortalecido y mente lúcida la institución que aquéllos nos legaron.

Esta organización disciplinada que impulsa nuestra directiva por senderos de prosperidad, ha tenido apoyo y correspondencia en el enjambre estudiantil, que ya se ha formado un espíritu peculiar de bolivarianismo, sentido y practicado con espontánea solidaridad. Y no es que se haya amurallado en un convencimiento de vanidosa grandeza, para simular un carácter excepcional distanciándose de sus semejantes, como lo pretenden decir insidiosas lenguas. No es que la divulgación y solemnidad de sus clásicas fechas se hagan para provocar la rivalidad ajena. Es que ante la efusión incontenible de su alegría, es que por la grandiosidad de su obra entregada sin discriminaciones, quiere ser, unida a las otras universidades de Colombia, igualmente meritorias e ilustres por sus hechos, paradigma viviente en la tarea de ilustrar y vigorizar las huestes de la patria en los campos de la vida civilizada.

Viendo la fructificación de la Universidad con profesionales que laboran exitosamente en posiciones rectoras de la república; viendo que el espíritu y la voluntad unificados van tras la conquista de mejores días; viendo esta amistad extendida a todos, se ensanchan los pechos de emoción para reconocer en

nuestra institución una gran hazaña. Y aunque egresados de sus claustros nos separamos en el mundo de la fortuna para superarnos en nuestra propia vida, sin embargo nos mantenemos unidos en el recuerdo de nuestros más hermosos años pasados en la facultad en compañía de preceptores amables y de discípulos cordiales. Por eso las fiestas que celebramos no son el recuerdo de su fundación, sino la evocación de tantos episodios tristes y festivos de la actividad escolar, que ahora nos hacen otra vez reír y otra vez sentir, contrastando dos vidas bien delimitadas, aquella de sencillez austera, de despreocupación placentera, de actitud vivaracha en los claustros universitarios, y esta de hoy cargada de problemas y responsabilidades indeclinables. En la celebración de estos actos, de nuevo con nuestros buenos amigos, nos fingimos otra vez en los bancos escolares gozando de todo lo pasado con memoria puntual y dolorosa de ver nuestra mejor existencia ya extinguida.

Mis palabras han querido ser una sincera muestra de agradecimiento a la Universidad Pontificia Bolivariana, de recordación a su obra eficiente y generosa en la tarea educativa, de alabanza a sus triunfos y de acatamiento a sus principios inmortales, en esta fiesta del aniversario de su epifanía, y a la vez representan la voz de sus escuadrones que están vivos y simbólicamente aquí presentes para jurarle adhesión eterna delante de su escudo y su bandera.

HOMENAJE A DON MARCO FIDEL SUAREZ

Por Alfonso Lopera

Dos enhiestas jararquías espirituales se encuentran ahora frente a frente en este agosto santuario de la patria, aquí donde cobra plenitud cumplida la verdad evangélica de que será ensalzado quien se humille.

De un lado, la sombra augusta del Maestro, empinado sobre la colina perdurable de su gloria; del otro, una Universidad, que transita apenas por florida adolescencia y cargada ya de abundantes laureles.

En devoto peregrinar nos llegamos hoy a tu choza nativa, oh Varón de fe y Maestro de sabiduría y de tesón, para rendirte emocionados el parte de una gesta cristiana, aprender en tu escuela la ciencia de la personal superación, por caminos de esfuerzo y de servicio; y para presentarte, en paso fiel tras la estela de tu ejemplo, las juveniles falanges de una Universidad que, por gracia de Dios y voluntad de un pueblo, nació gigante, según la ya clásica expresión del payanés ilustre a quien "lanzó la vida contra tu carro un día".

En tiempos no lejanos, oh Suárez, el cielo de la patria ensombrecióse con nubes de tempestad y sobre ella soplaron vientos de contradicción. Tan negro se tornó el horizonte que hasta el mismo lucero vespertino de nuestras cristianas tradiciones pareció que se hundía en noches de negación, de odio y de masías sectarias.

Pero en estas montañas que se yerguen al cielo en extática aspiración aletaba como siempre una juventud arisca al yugo de la impiedad y en actitud indeclinable de fe en Dios, de adhesión a la patria y plena convicción de la potencia irresistible de su empuje.

Y la obra fue! Mínima y humilde como es siempre el germen de toda empresa perdurable. En un rincón modesto de un barrio sin honor y mirado

siempre con recelo, brotó el árbol sembrado por ungidas manos prelaticias y con savias de tan potente robustez, como para el desafío de los siglos.

Bien parece que en esas mentes creadoras hubiera resonado, en los decisivos momentos germinales, la soberana lección de la humildad que esta choza difunde.

Bajo estos mismos cielos y casi frente al mismo panorama de este "Belvalle" que un día exaltaste con áurea pluma humedecida en jugos de filial emoción, surgió también el hombre providencial en cuyas manos se plasmó el milagro de esta portentosa fundación. Qué estampa aquélla de hombre, de sacerdote y conductor! Su espiritual categoría, la innata capacidad para aglutinar y dirigir, su aquilina visión del rumbo cierto en medio de las más alborotadas circunstancias, el acerado temple de su indomable voluntad y hasta ese mismo moreno semblante que parecía sugerir desde en vida, las nostalgias del bronce, todo ello eran apenas perfiles de una tan encumbrada personalidad que bien hubiera merecido tener puesto de honor en la galería de preclaros varones que con semblanzas de perdurable estilo, trazó tu pluma para gloria de Colombia.

Esta Universidad creció por fuera de todas las naturales previsiones y dejando atrás los más audaces cálculos. Hoy es como una ceiba gigantesca, arraigada en la entraña misma de la patria; su sombra arropa con holgura los confines todos de Colombia y se prolonga, acogedora, más allá de sus fronteras. En los brazos robustos, portentosamente multiplicados, de su ramaje opulento, anidan incontables juventudes, en ellos se cosechan los más variados frutos de la inquietud intelectual, y su copa pujante sigue alzándose al cielo para recibir con plenitud los rayos de la Verdad ineficiente.

Es ésta nuestra historia, oh Suárez, que no requiere para su honra el paso lento de los años, porque en esta Pontificia Universidad Bolivariana, más que la fría sucesión de fechas, cuenta la vertical ascensión de los esfuerzos.

Pero hemos venido ante todo, oh Maestro siempre vivo, a aprender en tu escuela lecciones de saber y de vida.

Enséñanos, oh ejemplar incomparable del castizo decir, el amor a la lengua, joyero precioso que heredamos de España y que a menguar empieza en nuestras manos, contaminadas de foráneos abalorios y desprovistos de los sutiles recursos que hacían de las tuyas en el manejo del idioma, fábrica inagotable de hechizante orfebrería.

Enséñanos su difícil cultivo tú que, de joven, supiste levantar un nombre abriendo a golpes de esfuerzo y de talento despejados senderos en las selvas de la filología y la gramática, y ya anciano y cansado, creaste las fantasías inmortales de tus "Sueños", que en alas de ingenio y arte, levantaban el velo prepotente desde el humilde camellón de los "Carneros" para irrumpir triunfantes por las floridas alamedas de los más selectos campos antológicos.

Enséñanos la ciencia del esfuerzo tenaz y de la larga paciencia que fue tu escala milagrosa por la que, peldaño tras peldaño, treparon tu inteligencia y voluntad hasta encumbrarte a las zonas de la inmortalidad y de la gloria. Nuestra juventud, crecida en ambiente de veleidad y triunfo fácil, ha menester recordar aquel tu consejo a otros jóvenes: "No es la vida combate de un mero día, ni a los triunfos de la tierra puede concedérseles aquí descanso indefinido; la labor del propio perfeccionamiento se ha de prolongar tanto como la existencia" (M. F. Suárez - "El Carácter").

Tu que supiste cobrar bríos de la propia flaqueza, alzar el monumento de tu vida sobre las miserias de una cuna humillada, mirar la gloria humana co-

mo plataforma de servicio al prójimo y punto de apoyo para nuevos esfuerzos, que recibiste los honores con sencillez y supiste resignarlos con grandeza de ánimo, enseña a nuestra juventud a ascender con mérito, a servir sin vanagloria, a triunfar sin infatuada hinchazón y a declinar como cristianos, sin resentimientos ni amargura.

Tu prócer estampa, oh Suárez, decora en sitio prominente el templo de nuestras glorias nacionales porque a Colombia diste en todo momento y circunstancia el fruto íntegro de tu cerebro poderoso y de tu incansable laborar.

Educaste a la juventud con eficacia y devoción unas veces en el humilde colegio de la aldea olvidada y otras, las más, desde la espiritual aula máxima de tus obras, no limitada siquiera por las fronteras de la patria, y desde donde tu magisterio insuperable adoctrinó y persiste adoctrinando a múltiples generaciones.

Con clara visión y pulso firme alinderaste nuestro territorio y diste término a centenarias y espinosas controversias. Acallando las voces del corazón y atemperando los hervores de una sangre altiva, con certeza profética señalaste a Colombia y al continente los rumbos del norte como necesaria orientación para un tranquilo y fecundo porvenir.

De pie y firme sobre el farallón de una doctrina, predicaste a los colombianos la concordia y la unión.

Y cuando la nación premió un día tus servicios y méritos cruzándote el pecho de colombiano insigne con el tricolor de la más alta jerarquía, fue ese honor para tí acicate tan sólo para nuevos servicios y corona, a la postre, de punzantes espinas que, ceñida en torno de tus sienes cansadas, te permitió únicamente tributar a la patria el supremo homenaje de tus postreras angustias.

Oh colombiano íntegro, oh patriota ejemplar, enseña a la juventud bolivariana cómo se sirve de veras a la patria con espíritu, vida y corazón.

Pero al distintivo de bolivarianos antecede e nnosotros el católico apelativo de pontificios, tal como en tu vida, sobre las banderas de la patria, flameó siempre el pabellón de Cristo.

A tu escuela nos llegamos, oh "insigne paladín de Jesucristo" y su cantor excelso, para aprender de tus ejemplos como se embarnece la fe con oración y estudio, cómo se defiende con hidalga altivez, cómo se practica con íntegro vivir y cómo en ella se muere con cristiana esperanza.

Viviste de la fe, dando cumplida realidad a la norma paulina del "Justus ex fide vivit"; de la fe derivaste fortaleza para pelear como atleta invencible el buen combate de la cruz; afirmado en la roca de tu creencia te erguiste como un Atlas cristiano alzando sobre los hombros indomables un vasto universo de sabiduría, de investigación y de certeza que iluminó los horizontes de la patria como antorcha de lumbres inspiradas.

Al estímulo de tus hondas convicciones católicas, tu pluma fulgurante de escritor consumado encendió luceros en el firmamento literario, cuando con filial devoción circuyó ella de finas gemas el manto de María, exaltó con laudes fervorosas las virtudes de los santos y entonó en loor de Jesucristo el más encumbrado himno de alabanza con que se enjoyaron las letras de la España cristiana y de la América creyente.

Dános seguir, oh Maestro de fe, las huellas de tu ejemplo: ser cristianos íntegros en el pensar y en el obrar, cristianos como tú en el esfuerzo y en el triunfo, cristianos en la exaltación y en el dolor, cristianos en la vida y en la muerte.

Crónica Universitaria

Sobre la nitidez marmórea de tu sepulcro una cruz se yergue fuerte y triunfadora, asentada sobre pedestal que ostenta el escudo de armas de la patria. Enséñanos, oh Suárez, a seguir como tú, a través de nuestro terreno peregrinar, la sentencia de Kempis que alumbró tus días, grabada hoy como lección de hondo cristianismo sobre la blancura de tu sepulcro glorioso: "Sólo en la Cruz está la esperanza de la vida eterna".